GRANTA

EN ESPAÑOL. NUEVA ÉPOCA | 2

Matar el tiempo



MARTIN AMIS

GUILLERMO CABRERA INFANTE

VICTORIA CIRLOT

MARIANA ENRÍQUEZ

SEAMUS HEANEY

JAVIER MARÍAS

IRIS MURDOCH

SERGIO RAMÍREZ

SALMAN RUSHDIE

RICARDO PIGLIA

IGNACIO VIDAL-FOLCH

GRANTA

EN ESPAÑOL. NUEVA ÉPOCA | 2

MATAR EL TIEMPO

GRANTA

EN ESPAÑOL
Av. Diagonal 361, 2.º 1.ª 08037 Barcelona, España
www.galaxiagutenberg.com/granta | info@granta.com.es

NÚMERO 15: PRIMAVERA 2015

NUEVA ÉPOCA 2

PUBLISHER Joan Tarrida
DIRECCIÓN Valerie Miles y Aurelio Major
REDACCIÓN Lidia Rey
COMUNICACIÓN Disueño Comunicación, S.L.
PORTADA Torre de reloj destrozada tras terremoto en Italia, 20 de mayo de 2012
© Reuters / Cordon Press

GRANTA EN INGLÉS
PUBLISHER Y DIRECTORA Sigrid Rausing
JEFA DE REDACCIÓN Yuka Igarashi

www.granta.com
GRANTA BRASIL: www.objetiva.com.br | GRANTA ITALIA: www.grantaitalia.it
GRANTA BULGARIA: www.granta.bg | GRANTA NORUEGA: www.gyldendal.no
GRANTA SUECIA: www.albertbonniersforlag.se
GRANTA TURQUÍA: www.grantaturkiye.com | GRANTA CHINA: www.99read.com
GRANTA PORTUGAL: www.tintadachina.pt | GRANTA FINLANDIA: www.grantafinland.fi
GRANTA ISRAEL: www.grantaisrael.com

Primera edición: marzo de 2015

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015
Depósito legal: 49. 2004
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-33-6
Fotocomposición: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona

Printed in Spain – Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, además de las excepciones previstas por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o digitalizar fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

ÍNDICE

5 **Tiempos muertos**

9 **¿Nada es sagrado?**
Salman Rushdie

27 **Autorretrato**
Martin Amis

35 **Diario de un cuento. 1963**
Ricardo Piglia

61 **La hora de Krapp**
Anne Carson

75 **Se busca compañía para largo viaje**
Ignacio Vidal-Folch

82 **Las revenantes**
Verónica Gerber Bicecci

95 ***Ubi Sunt***
El barquero ha muerto
Saša Stanišić

99 ***Ubi Sunt***
Es mi espada del año mil que llora
Victoria Cirlot

101 ***Ubi Sunt***
9 de diciembre
Javier Marías

105 ***Ubi Sunt***
Flash sobre mi mamá
Aurora Venturini

108 ***Ubi Sunt***
Breve historia de la muerte
Nir Baram

115 **El murmullo del amor**
Seamus Heaney

119 **Sultana**
Shimon Adaf

151 **Signor Hoffman**
Eduardo Halfon

169 **Los años intoxicados**
Mariana Enríquez

183 **Cartas a Raymond Queneau**
Iris Murdoch

195 **El decimocuarto**
Antonio Monda

205 **Extraterrestres**
Guillermo Corral

215 **Tiempo de esparcir piedras y tiempo de juntarlas**
Sergio Ramírez

227 **La gran excepción**
Rachel Kushner

237 **Dos tiempos**
Guillermo Cabrera Infante

246 **Colaboradores**

Tiempos muertos

La política es la administración de los tiempos. La religión es el tiempo perpetuo. La cópula es tiempo abolido. Los fundamentalistas quieren detener el tiempo y están dispuestos a matar y morir por ello. Pero sobre el tiempo no hay espacio para decir apenas lo esencial, con una sonrisa, salvo que existe para que no todo nos suceda a la vez. O, con más gravedad, que sea la imagen en movimiento de la eternidad. Y se redacta este prólogo a contrarreloj –con el tictac ya sonando insistente en el trasfondo–:

De poco dispusieron los ocupados denodadamente en darle caza al bisonte, pero como las revoluciones nos ampliaron las expectativas, más teleológicas que nunca, nos sobró tiempo para matarlo tal y como quisimos, en ocio y esparcidos. Sin embargo, de nuevo nos lo escamotean, ya sin tiempos muertos, que además nos revenden vaciados, pues nuestro tiempo es su oro: la población ocupada, sin un minuto, y sin empleo, mirando atónita el empeño de quienes desean volvernos al antepretérito, a un presente opresivo e inalterado de decapitaciones y vientres subyugados o de autoritarismos disfrazados de solidaridad. Aunque nada permanece y dura.

Este número abre con un discurso de Salman Rushdie de hace un cuarto de siglo, que se proyecta sobre este mismo instante, sobre las perversiones de la política del espíritu, y cierra con inéditos de Guillermo Cabrera Infante, sobre las perversiones incesantes del espíritu de la política, que se proyectan sobre este mismo momento. En ambos la pregunta: «¿Nada es sagrado?». Literatura y política de otros tiempos y de éstos, con un añadido recuento de Sergio Ramírez sobre los tiempos revolucionarios en Nicaragua, cuando Christopher

Hitchens lo entrevistó para *Granta* en 1985 y Bill Buford le pidió que escribiera unos años después un texto que él empezó con el inicio de la novela de Dickens: «Eran los mejores tiempos, eran los peores tiempos, la edad de la sabiduría, el ciclo de la estupidez, la fase de la creencia, la etapa de la incredulidad, la estación de la Luz, la hora de las Sombras, era la primavera de la esperanza, el invierno de la desesperación, lo teníamos todo por delante, nada había frente a nosotros...». La revolución instaurada, el fin de los tiempos, casi mató el momento del escritor Ramírez, pero un editor llegó justo a tiempo y revivimos hoy el fracaso de anoche.

Los israelíes Shimon Adaf y Nir Baram responden a la pregunta que interpela a Rushdie y a Cabrera Infante: suyo es el tiempo de una generación llamada a expresarse en un idioma casi muerto detenido en el tiempo de lo sagrado, y ahora redivivo. ¿Cómo hacer cotidiano un idioma divino y fijar la memoria en el presente, fijar las formas de la actualidad más inmediata, la de jóvenes que no quieren recordar el pasado colectivo sino forjar un futuro individual?

Martín Amis replica con escarnio que no, no hay nada sagrado, y mucho menos uno mismo, Ignacio Vidal-Folch lo reitera imaginando nuestro futuro de identidades multiplicadas, y el protagonista del relato de Antonio Monda cree que por fin lo ha redimido el tiempo, pero en realidad su papel futuro será el mismo siempre. Mariana Enríquez lo confirma exponiendo los tiempos históricos, psicológicos y míticos de una adolescencia rioplatense, como los niños que en el cuento de Guillermo Corral se aventuran también un día en el bosque y vuelven con un secreto histórico oculto en una camisa vieja. Verónica Gerber recrea un pretérito hallado, nada suyo, pero que hace propio al ofrecerlo a los demás. Mientras que Eduardo Halfon narra el viaje a un emplazamiento donde se ha querido remozar la historia reciente para ocultar las carencias morales: la reconstrucción instrumentalizada de un campo de concentración.

En la sección *ubi sunt* el tópico intemporal está compuesto por remembranzas de Javier Marías, Aurora Venturini y Nir Baram, integradas a las de Saša Stanišić y Victoria Cirlot, que expanden el

recuerdo hasta las orillas del tiempo mítico, abolido el cotidiano. El presente perpetuo también del amor se expresa en las cartas apasionadas que escribe Iris Murdoch a Raymond Queneau; el tiempo de la obsesión, donde se invierte el mito de Apolo y Dafne que nos recuerda asimismo Seamus Heaney, porque es Dafne la que persigue a su Apolo en un puente parisino. Y Ricardo Piglia descompone el proceso de un cuento que nunca llegará a cerrarse, ya que la memoria se ha perdido en el camino de fuego fatuo del amor. Y así todos los tiempos coinciden en el vórtice que escenifica Anne Carson: Beckett y Kerouac, Thoreau y Heidegger, un fantasma.

Los rinocerontes lanudos, los caballos y los bisontes en las cuevas de Chauvet o en Altamira, son algunas de las imágenes más antiguas jamás pintadas. Llegan a nosotros, con turbadora elegancia, desde un vacío que existía hace más de treinta y dos mil años, y establecen con nosotros un vínculo tremendo e instantáneo. Esas manos, ni polvo enamorado ya, son nuestras, contemporáneas, aunque toquen el misterio y el mito. Hemos estado imaginando el concepto desde que saltó de la tabula rasa a la representación. Sus fantasmas todavía nos susurran como las calaveras de Hamlet y nos siguen preguntando: ¿Dónde están los que antes de nosotros habitaban el mundo? ¿Dónde las nieves de antaño? ¿Qué fue de los infantes de Aragón? ¿Los galanes, las damas? Nuestro tiempo libre actual no está tan ocupado por los oficios. Hubo una época en que una imagen de Mahoma no era motivo de escándalo. Ahora disponemos de muchas cosas baratas, ahora jugamos en las pantallas. Ahora es el momento de pintar las cuevas, pues mañana morimos.

Valerie Miles y Aurelio Major



¿NADA ES SAGRADO?

Salman Rushdie

Crecí besando los libros y el pan.

En casa, cada vez que a alguien se le caía un libro o dejaba caer un *chapati* o una «rebanada», que era la palabra que utilizábamos para describir un triángulo de pan tostado con mantequilla, el objeto no sólo debía ser recogido, sino también besado, a guisa de disculpa ante un acto de irrespetuosa torpeza. Yo era tan descuidado y manazas como cualquier crío; así pues, durante mis años infantiles, tuve que besar un gran número de «rebanadas», así como una notable cantidad de libros.

Los hogares indios devotos contaban, y siguen contando, con personas acostumbradas a besar libros sagrados. Pero nosotros lo besábamos todo. Besábamos diccionarios y atlas. Besábamos las novelas de Enid Blyton y los tebeos de Superman. Si alguna vez se me hubiese caído el listín telefónico, lo más probable es que también me hubiera tocado besarlo.

Todo esto sucedía antes de haber podido besar a una chica. De hecho, casi podría afirmarse, pues resultaría asaz creíble en un autor de ficción, que en cuanto me lancé a besar chicas, mis actividades con respecto al pan y a los libros perdieron gran parte de su capacidad estimulante. Pero nunca te olvidas de tus primeros amores.

Pan y libros: comida para el cuerpo y comida para el alma; ¿qué podía resultar más merecedor de respeto e, incluso, de amor?

Siempre me ha sorprendido conocer a gente para la que los libros, simplemente, carecen de la menor importancia, así como a personas que se mofan directamente del acto de leer, por no hablar del de escribir. Puede que siempre te resulte pasmoso descubrir que la mujer a la que amas, a los demás no les parece tan atractiva como a ti. Mis libros más queridos siempre han sido ficciones, y durante los últimos doce meses me he visto obligado a reconocer que, para muchos millones de seres humanos, esos libros carecen del más mínimo atractivo o valor. Hemos asistido a un ataque hacia determinadas obras de ficción que lo es también contra la mera idea de la forma novelística, un ataque de una ferocidad tan brutal que se ha hecho necesario restaurar lo más valioso del arte literario: hay que responder al ataque no con otro ataque, sino con una declaración de amor.

El amor puede conducir a la devoción, pero la devoción del amante se distingue claramente de la del Auténtico Creyente por no ser militante. Yo puedo sentirme sorprendido –e incluso ofendido– al descubrir que tú no sientes lo mismo que yo ante determinado libro, determinada obra de arte o, incluso, determinada persona; puede que intente hacerte cambiar de opinión; pero al final aceptaré que tus gustos y tus amores son cosa tuya, no mía. El Auténtico Creyente desconoce esos límites. El Auténtico Creyente sabe, simplemente, que él tiene razón y tú no. Por eso intentará convertirte, incluso a la fuerza, y si no lo consigue te despreciará por tu descreimiento, por lo menos.

El amor no necesita ser ciego. La fe, inevitablemente, debe equivaler a un salto en la oscuridad.

El título de esta conferencia es una pregunta que se plantea a menudo, en un tono horrorizado, cuando algún personaje, concepto, valor o lugar apreciados por quien pregunta es sometido a una dosis de iconoclastia. ¿Pelotas de cricket blancas para un partido nocturno? ¿Mujeres sacerdotes? ¿La adquisición de Rolls Royce por los japoneses? *¿Es que no hay nada sagrado?*

Hasta hace poco, sin embargo, se trataba de una pregunta cuya respuesta yo creía conocer. Y la respuesta era No.



© MATTHEW GREEN

AUTORRETRATO

Martin Amis

Brooklyn

Mi gato, *Shadow*, empezaba a confraternizar por fin con su vecino de al lado, *Benji*.

En sus convergencias previas, las cuales habían ocurrido unas tres o cuatro decenas de veces, *Shadow* y *Benji* se habían enfrentado como erizos furibundos, pero todos esos bufidos y erizamientos rabiosos parecían haber sido ya relegados al pretérito. Encaramados en la valla de madera, ambos de tamaño medio y de un negro intenso, recordaban a los dos maquinadores cuervos de un antiguo poema isabelino.

–Óyeme, ¿qué tal es donde vives?

–Es una casa alta –dijo *Shadow*–. Pero yo me quedo en la planta baja y el sótano. El sótano es donde ponen la letrina. Aunque ya casi no la uso.

–Para qué. Se hace fuera y se entierra.

–Precisamente. Y se cava el hoyo de antemano.

–Es de sentido común.

Shadow giró la cabeza.

–¿Y cómo es donde vives tú?

–Vivo en un departamento.

–¿Qué es un departamento?

Benji se lo explicó.

–Ah, un piso. Perdona, es que soy inglés.

–Sí, ya decía yo que hablabas raro. No lo digo por ofender.

–Descuida –dijo *Shadow*.

–Bueno, ¿y quién te da de comer en tu casa?

–Verás, la cuestión es que son cuatro. Dos niñas, una chica mayor y un hombre. –Se le pusieron ojos nostálgicos–. La mayor es la única que me alimenta con mimo. Incluso a veces canta mientras lo hace.

–¿Canta?

–Sí, canta. «Es mi chico favorito.» Canciones por el estilo. Las niñas me dan de comer como si tuvieran prisa. Y al hombre le da asco y se queja, aunque tengo que reconocer que a veces puede llegar a ser muy considerado.

–¿Y, eh, la comida qué?

–Bueno, supongo que no está mal. Pienso de sabores. Ternera en salsa, pollo en salsa. Siempre salsa. Y atún y salmón con salsa. Gambas. Lenguado. Caballa. A veces incluso pescado de verdad de la nevera o de la sartén… ¿A qué viene tanta fijación con el pescado?

–¿A poco no? ¿Por qué creen que nos gusta el pescado?

–Así es. El pescado no está mal. Pero lo que apetece de verdad es ratón.

–Mmm. El ratón es delicioso –dijo *Benji*–. Los ratones son muy ricos.

–Mmm. Cuando todavía están tibios. Y la cola hace cosquillas en la nariz al sorberlo.

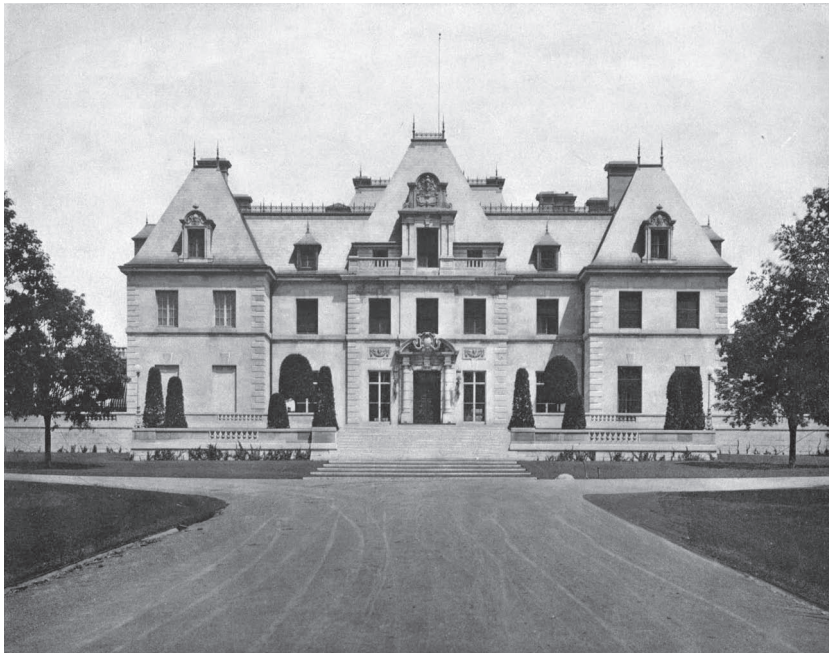
–Y, además, matarlos es divertido. Pero ¿cada cuánto te cruzas con un ratón?

–Ya. Y nunca te ponen ratón para comer.

Benji alzó una zarpa y se la lamió, como para saborearla.

–¿Tienes gatera?

–¿Qué es una gatera?



DIARIO DE UN CUENTO. 1963

Ricardo Piglia

For in a minute there are many days.
W. SHAKESPEARE

Martes

Estoy en Adrogué, desde el domingo. El abuelo me vio llegar como si no hubiera pasado el tiempo.
–Hijo, acomodate mejor en la pieza del fondo. Tenemos mucho que hacer...

Desde que empezó a perder la memoria [dice] está preocupado y quiere ordenar sus papeles. Los médicos le han prohibido salir y eso es lo que más nervioso lo tiene.

–No me perdí en el Isonzo, mirá si me voy a perder [«extraviar» dice] acá. –Se queda pensando–. Ya te di la plata, ¿no?

Me dio la plata. Teme perder sus mapas, las fotos, las cartas; me contrató para que le ordenara su archivo, me paga un sueldo, etc., aprendí de él a decir etcétera cuando quiero cambiar de tema, pero él lo pronuncia más taxativamente en italiano: *echétera*, dice, y hace un gesto con la mano como diciendo no pienso seguir con eso. En realidad me paga la carrera.

«No quiero que seas un sobaco ilustrado», me dijo el hijo de puta de mi padre.

–Esperaba que yo fuera abogado...

–Para que lo saqués de la cárcel –se ríe el Nono con sus ojitos de zorro. Prefiere que me quede a vivir con él acá, para terminar de ordenar sus documentos. Le propuse que se mudara a La Plata, pero se reía cuando se lo dije.

–Tendría que vender la casa, comprar allá. –Se quedó pensando–. Toda mudanza es demoníaca –dijo. Es una cita pero no recuerda de quién. Está perdiendo la cabeza, dice, pero se sabe de memoria multitud de poemas y muchas canciones y a veces las canta, solo, en el patio, con su hermosa voz liviana y frágil, de barítono.

Susy, la mujer que lo cuida, nos prepara un guiso de lentejas y comemos en el patio, bajo la parra.

–Coronel –dice Susy–, estoy arriba, me llaman si cualquier cosa.

El viejo toma vino con soda y fuma sus apestosos toscanos de un peso.

Nos quedamos callados un rato. Estaba linda la noche.

–Hijo –me dice, y otra vez me lee el pensamiento–, estamos bien afuera, al sereno… Suerte que viniste, estás en La Plata, ¿no?

Tiene la memoria capturada por la guerra y no sabe bien qué hacer con ese tumulto de imágenes y escenas. A veces prendo el grabador y registro lo que cuenta, otras veces lo dejo hablar; él piensa que nada se va a perder si yo lo estoy escuchando.

–Muy cerca de las líneas alemanas, el oficialito Di Pietro –dice por ejemplo– se arrastraba al estilo de los *boyscouts* para observar y escuchar al enemigo en las trincheras. La luz blanca de los reflectores era como un tul… –recuerda de pronto y se detiene, encandilado.

Siempre es así, narra pequeños fragmentos, muy vívidos, pero se cortan, no concluyen. Los anoto, con la esperanza de que los retome y se puedan completar... Participó en la gran ofensiva contra los austríacos amurallados en lo alto de los desfiladeros escarpados entre el monte Nero y el monte Mirzli.

–Fue una tentativa de un suicidio masivo... –Se queda pensando–. Una vez en la Patagonia vi cientos de cachalotes blancos que se arrojaban a la playa para morir, los tirábamos de nuevo al mar y volvían a nadar furiosos hacia la orilla donde boqueaban durante horas... Algo así... [Lo dijo en inglés: *Something like that*].

Lo hirieron en el pecho y estuvo hundido en la nieve toda la noche, lúcido, congelado. La sangre se fue extendiendo y la ladera de la montaña estaba roja a la mañana, pero el frío extremo lo salvó. Si le pre-

gunto se confunde y no me contesta. Son como esquirlas, flashes luminosos, perfectos, sin ilación. Así habría que escribir, pienso a veces.

Jueves

Cuando me despierto veo al abuelo en el jardín, leyendo al sol. Se sienta en una silla de lona, descalzo, con el flaco torso desnudo, vestido con elegantes pantalones de lino color azul, la cicatriz en el pecho es una fea serpiente colorada. El sol lo ayuda, según él, a asimilar la vitamina E que impide la oxidación, además toma unas cápsulas blancas que fortalecen, según parece, las neuronas y le drenan, dice, la laguna amnésica, el *surmenage*. Por eso también bebe grandes dosis de Nervigenol y hace continuamente ejercicios mentales: recita el número de reclutamiento de los soldados de su pelotón o repite el apellido de los marinos que le dan nombre a las calles de Adrogué: Bouchard, Norther, Bynon, Espora, Grandville.

–A quién se le habrá ocurrido, son todos marinos, ingleses, franceses, criollos, eran piratas, corsarios, navegaban por el botín... –Se detuvo, cegado por el sol–. *«¿Le trincee dove sono?», domandó el ufficialetto Di Pietro appena arrivato sul San Michele. «Trincee, trincee...», fu mi resposta. «Non ci sono mica, trincee: ci sono dei bucci»*. –Me miró como si despertara–: Agujeros, zanjas, eso eran las trincheras.

Antes de que yo pudiera decir nada levantó la silla de lona y se movió por el jardín buscando el calor de sol, ágil todavía.

Primero se sienta al aire libre para fortalecerse, luego Susy lo ayuda a hacer sus ejercicios gimnásticos y después pasa la mayor parte del día en los cuartos interiores y yo lo escucho cantar [Bella chau, bella chau, chau] o murmurar nombres y fechas, en un rezo monótono, para no pensar. Estoy cerca, por si me necesita, y así pasamos el día, por eso ahora escribo de noche, cuando él ya duerme o hace que duerme.

© NBC/NBCU PHOTO BANK / GETTY IMAGES

LA HORA DE KRAPP

Anne Carson

Reparto: KRAPP, anfitrión,
invitados, otros

Escenario: un programa de entrevistas, luces mínimas, sin iluminación en las marcas. Silla de cocina para KRAPP*, sofá para los invitados. En el sofá no hay espacio para todos, gradualmente se van acomodando.* KRAPP *hace una breve presentación de los invitados con un cartel que toma bajo su silla.*

(Entra KRAPP, K, al compás de un breve tema musical)

K: no hace falta que sepan mucho de mí, necesito poco espacio y prefiero poca atención. Pensarán que es curioso terminar haciendo un trabajo así, fue mi última opción, creo que más o menos sucedió de esta manera, sí y no, no importa, importa más que otros sí (necesitan espacio y les gusta la atención), llegan aquí, con mirada brillante, me encanta el brillo de sus ojos, *siempre* me sorprende. Si tuviera una familia (no la tengo) no puedo imaginar que me mirarían con esos ojos. Reconozco que hubo un tiempo en que creí que crecería y florecería aquí, que podría ser feliz, moderno

e interesante, aunque mi padre terminó con esa idea la única
vez que vino al programa: «igual de malo que siempre»
dijo y creo que desde entonces me he apegado a esa norma.

(K alza el cartel JACK KEROUAC Y SU MADRE GABRIELLE (GABY),
entran GK y JK)

GK: iremos a Radio City al terminar
JK: es su cumpleaños
GK: cumpliré sesenta y cuatro adónde se va el tiempo
K: en efecto, adónde
GK: no siempre estuve tan gorda al dejar de usar faja me
desparramé
JK: di algo en francés mamá
GK: *qu'est-ce que tu veux savoir*
JK: lo tuteaste mamá, vea usted ella lo tuteó
K: así fue
GK: como aquella tarde que el mayordomo filipino se pasó
sirviéndome bebidas
K: tiene un mayordomo
GK: no era mayordomo de Barney Rosset fuimos a cenar
con él
JK: tuvimos una cena animada todos hablando francés
Gallimard estaba ahí *hablas el dialecto normando puro
del siglo XVIII* me dijo
GK: toqué el piano luego fui a la planta baja y empecé
a bromear con el pequeño mayordomo fue una pasada
JK: más tarde nos fuimos de bares recorrimos la Quinta
Avenida teníamos una entrevista con la revista *Holiday*
y nunca llegamos
GK: cuando vivíamos en Florida él no bebía pero aquí ay
Dios
JK: puedo tolerarlo Li Po bebía todos esos tipos bebían
vagabundos del *dharma* recorriendo China